

Crítica

Jorge Teillier,
El Poeta
De Siempre

Poesía más de los lares que de la lira, donde la imagen es su fuerte.

El Molino y la Higuera

Jorge Teillier. Ediciones del Azalán, Santiago, 1993. 153 páginas.

por Ana María Larraín

UNA vez, no hace mucho tiempo y mientras afuera florecía lujuriosamente un durazno, un hombre que era puro ojos negros en su sobreviviente flacura me leyó, en la penumbra de su habitación, un poema de los que vivían en plenitud en su último cuaderno. El poema se titulaba *Regalo* y decía así: "Un amigo del sur/ me ha enviado una manzana/ demasiado hermosa/ para comerla de inmediato/ La tengo en mis manos/ es pesada y redonda/ como la Tierra".

Ese hombre era Jorge Teillier, el mismo que había escrito antes: "Tantas veces pienso quién pronunciará por última vez mi nombre". Nacido en 1930 en la Frontera, su poesía había estado habitada por locomotoras y nubes, pájaros y campanas. También por la vieja torre de la parroquia de pueblo, indígenas todas que poblaban por sus páginas desde *Para ángeles y gorriones* (1956) en adelante, hasta que, tras un par de traducciones al alemán y al inglés, salió *Los domos perdidos*, en 1992 y, al año siguiente, *El molino y la higuera*, tan escuálido y delicado en su formato como su propio creador.

La lista de sus publicaciones es reiterativa y da la idea de una permanente recopilación, recogida en unas especies de brevísimas como éste, donde, quizás, la mayor recurrente de sus versos —que fluyen al natural, casi sin cuidado— sea el tiempo. El predominio último es el de la

imagen por sobre un ritmo que, muy raramente, se le muestra salirse los dedos, atrapado en esa recuperación de "la avería de lo cotidiano" con el fin de no dejar que el universo entero se le deshiaga en la piel de la memoria, núcleo de su intimidad y de ese calorito efímero que de ésta misma, constituyéndose en una suerte de sombra fugaz. Me parece que difícilmente uno tiene más de un poema que escribir en la vida", ha dicho Teillier. Y ese poema es la lucha contra el devenir temporal por la vía del rescate de la infancia ("Despierto en un pueblo/ Donde no sé cómo he llegado/ Para un carro de mano/ los palanqueros transportan a una vieja dama/ Que

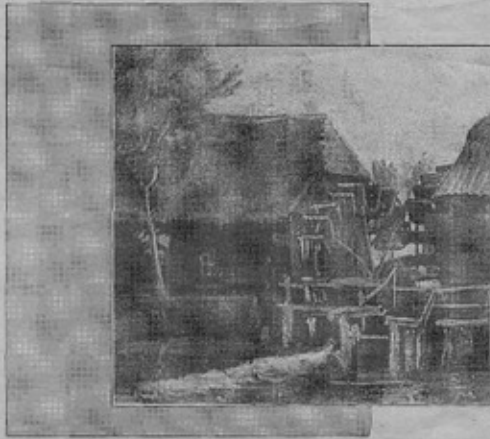
mece un niño imaginario/ Y luce el semblante de su loda/ Ahora recuerdo..."). Y que de algún modo nos integra también a la muerte: "en la pizarra han borrado todos los itinerarios".

Poesía más de los lares que de la lira —no es la musicalidad de la palabra, sino las sugerencias provocadas por la imagen su fuerte—. Teillier crea el mito a partir de lo cotidiano. "La ventana ilumina al bosque/ Tus cabellos rubios son ahora un claro de luna/ Que acoge a los gatos que dejan de ser vagabundos para reconocerte/ La ventana se cierra/ Tus cabellos iluminan el bosque/ Te quiero". La traspasación ventana-cabellos opera con eficacia

en este poema de buscada simplicidad y rareza: fondea positivamente el verso largo ("los gatos", etcétera) tropieza en esos pases forzados que son aquí las dos conjunciones "que". Esa palabra precisa que nunca o casi nunca se alcanza —motivo por el cual se elabora un poema— parte a veces de la visión relámpago del "forastero", ese extraño en la vida que capta su precariedad y tiene plena conciencia de su radical soledad.

Así ocurre en este hermoso poema que recuerda al famoso *Hombre Imaginario* de Patra no sólo por su contenido (aunque no habla de irrealidad sino de soledad), sino sobre todo por el recurso de la reiteración ("solo") y la eficaz sustitución del paralelismo que cierra el círculo entre el primer y el último verso ("casa sola-casa enferma"): "Un hombre solo en una casa sola/ No tiene deseos de encender el fuego/ No tiene deseos de dormir o estar despierto/ Un hombre solo en una casa enferma.../ No tiene deseos de encender el fuego/ Y no quiere oír más la palabra Futuro/ El vaso de vino se ha marchitado como un magnolio/ Y a él no le importa estar dormido o despierto.../ La es-carcha ha empuñado las ventanas/ Pero a él sólo le importa mirar la apagada chimenea/ Sólo le gustaría tener una copa que le contara una vieja historia: a ese hombre solo en una casa sola.../ Una historia como las que oía en su casa natal/ Historia que no recuerda como no recorda que aun está vivo/ Ve sólo una copa vacía y una magnolia marchita/ Un hombre solo en una casa enferma".

Una poesía que no es nueva ni presenta mayores exigencias formales, expresando con simplicidad los sentimientos en metáforas recurrentes, sin excluir la soledad y porque "Mañana será el mismo día que mañana". ■



Texto Escogido

Salgo de la casa a orillas del río
El cartero me ha traído periódicos de 1935
Saludo a los pescadores a la hora
Llego al Restaurant al aire libre del

Todos los clientes
Están siempre vestidos de Domingo
Todos se conocen pero nadie saluda

La iglesia está cerrada a puerta y todo
Ha vuelto el Astrólogo que escribe en los
muros:

"Un sueño sin estrellas es un sueño
olvidado"

A los tejidos hay soldados que
encienden hogueras

Que empuñan la tarde
Pálos pronto empezarán a luchar

Ellos nunca entrarán a este pueblo

Donde nadie ha sido marcado
Llega una procesión de niñas vestidas de
Primera Comunión

Que dejan sus muñecas en las sillas vacías
Más tarde aparecen prostitutas de ojos

almenadrados
Que traen brazadas de flores silvestres

Todas se van
Las basureras recogen las muñecas y las

Y en sus carretillas las llevan a los sitios
vacíos

Nuestras casas se abren
Entramos solitarios a ellas

¡Nuevo por primera vez sobre la tumba del
hermano muerto!

Mañana será el mismo día que mañana

(En cualquier lugar fuera del mundo)

Jorge Teillier, el poeta de siempre [artículo] Ana María Larraín.

Libros y documentos

AUTORÍA

Larraín, Ana María

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Jorge Teillier, el poeta de siempre [artículo] Ana María Larraín.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile